

Domingo trece del Tiempo Ordinario.

En la lectura que estamos haciendo del Evangelio de Lucas, recordarás que en el cap.5 llamó Jesús a los primeros discípulos, para que lo siguieran y conformaran con él su Escuela de santidad. Ahora, al final del cap. 9, nos propone Lucas un hecho importante, que reorienta todo el proceso.

Jesús lleva un buen tiempo dedicado de lleno a la formación de los suyos, los ha instruido, les ha dado signos de salvación. Pero ahora entiende que debe tomar una decisión seria y dura: subir a Jerusalén para entregar su vida por la salvación de todos. Por eso frunce el ceño, reflexiona y se decide: ¡Vamos a Jerusalén! No va solo, lo acompañan los discípulos e incluso los envía adelante para que vayan organizando su camino.

Desde aquí hasta el cap. 19, toda la actividad de Jesús y los suyos va a girar en torno a la subida a Jerusalén, y la vida de la Escuela del Señor va a expresarse en la figura de un camino. De parte de Jesús es un caminar firme y seguro; de parte de nosotros es un “discipulado” o proceso lento, y a veces difícil, por tratar no sólo de seguir al Maestro sino de asumir sus propios sentimientos y su manera de actuar.

Durante esta subida a Jerusalén, unos le piden ser admitidos en su Escuela y él llama a otro (9,57-62), pero Jesús propone de manera simbólica a lo que hay que renunciar para seguirlo:

El nido y la madriguera: es el lugar en que uno se encuentra seguro, protegido y firme; el ambiente cálido que nos nutre y protege. Salir de la seguridad afectiva para afrontar la dureza de lo cotidiano, no es siempre fácil. Y hay muchos que prefieren no arriesgarse y perder seguridad. El nido que cada uno se hace en la vida es, con frecuencia, una dificultad para seguir a Jesús, por eso no queremos despegarnos de lo que ya tenemos, de lo que hemos construido y nos da confianza. ¿Estamos dispuestos a abandonar el nido para seguir a Jesús?

El padre y toda la gama de tradiciones ancestrales, las costumbres familiares, la herencia afectiva y los sentimientos que llevamos dentro y nos atenazan hasta impedirnos vivir la radicalidad de la entrega y el amor. Los apegos impiden muchas veces el seguimiento de Jesús. Y nos apegamos a costumbres, maneras de ser, reglamentos, tradiciones... Le tenemos miedo a la novedad, a la creatividad. ¿Cuáles son los apegos que nos impiden seguir con decisión al Señor?

La casa o culto de la propia historia personal. Amistades, relaciones, vivencias, acontecimientos de la propia vida, que nos dificultan acoger la novedad de Dios. Por eso, el que mira hacia atrás y se aferra a su pasado no ha alcanzado la radicalidad de la fe y de la caridad. ¿Nos sentimos libres para seguir a Jesús, o estamos todavía atados? Es todo un proceso de desapego pero también de adhesión firme al único Amor de nuestra vida, que debe ser Jesús, y desde el cual aprendemos a amar a los demás.

Por eso resuena con fuerza hoy la palabra de san Pablo: “Para vivir en libertad nos ha liberado Cristo... Su vocación es a la libertad”, pero una libertad que los ponga al servicio de los demás con amor.

Señor Jesús, un día te dijimos que sí y nos metimos en tu Escuela. Ahora quieres de nosotros un compromiso mayor y que hagamos de nuestra vida un proceso de donación y servicio a los demás. Danos tu fuerza y tu amor, para que seamos capaces de responder a la vocación recibida y subir contigo a Jerusalén, lugar de la entrega y del amor. AMEN.